

Canto de sirenas

POR: ANA FABIOLA MEDINA RAMÍREZ

"...Detén tu nave y ven a escuchar nuestras voces. Después de deleitarse con ellas quienes las escucharon se van alegres conociendo muchas cosas que ignoraban, ... sabemos cuanto sucede sobre la tierra fecunda"

Canto XII, La Odisea

Este escrito pretende unirse al tempo del canto de las mujeres creadoras de Nuevo León. Ser un reconocimiento al pulso de aquellas que contribuyen al tejido cultural del estado desde todos sus parajes. No se trata de una revisión histórica. Tampoco he querido arriesgarme a destacar nombres, ni a privilegiar lenguajes artísticos, por incluirlas a todas, aún cuando en mis palabras puedan algunas reconocerse. Mi escrito mira a través de la figura mítica de las sirenas con toda la intensidad de proyectar, en un cielo dominado por seres etéreos, una imagen que palpita en su dualidad.

Las sirenas en la mitología griega, son criaturas marinas mitad mujer y mitad ave. Según ciertas versiones, son hijas de Aqueloo, dios-río, y de Calíope, la de la bella voz, musa de la poesía y la elocuencia. En el griego antiguo: Σεϊρήν - Seirên; pl.: Σεϊρήνες - Seirênes, significa: «las que atan y desatan/encadenan»; Relacionado también con la palabra púnica Sir, «canto» o del vocablo semítico seiren "hembra que fascina con su canto". El mito cuenta que las sirenas un día osaron competir con las musas para juzgar quién tenía la más armoniosa y bella voz. Estas últimas, ofendidas por el atrevimiento de sus adversarias las transformaron en monstruos. Conservando su rostro humano, las cubrieron con grandes plumas. Ahora son la inquietud del mar¹. La primera mención de las sirenas es en la Odisea, cuando Odiseo se enfrenta a la fascinación de su canto, atado al mástil de su embarcación. El poder de la misteriosa melodía, consistía en que susurraba al oído aquello que cada oyente, fervorosamente, deseaba escuchar.

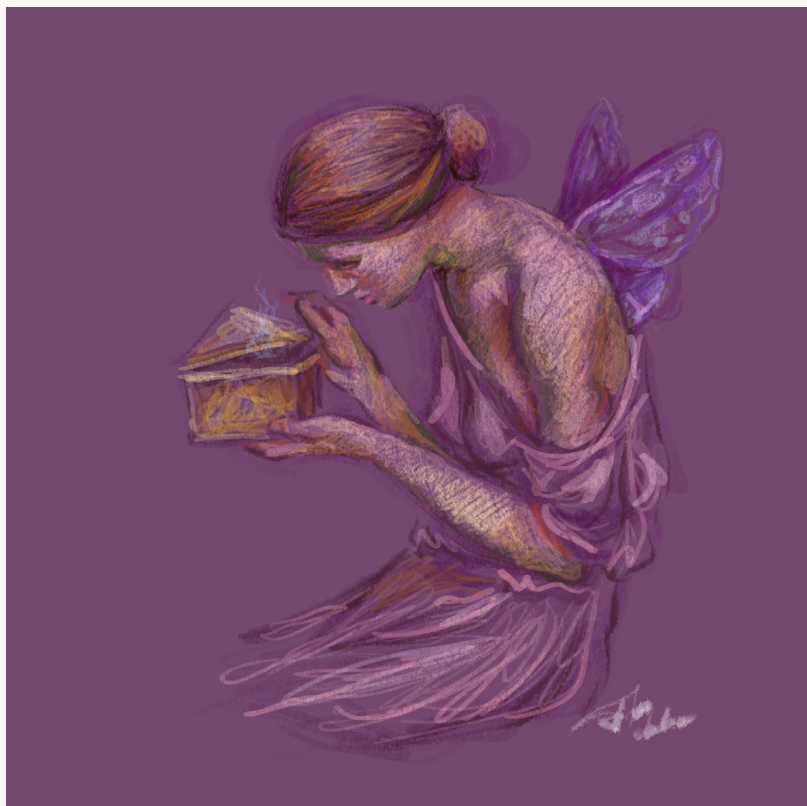


Moradoras del aire, seductoras y terribles, fueron temidas por los navegantes del mediterráneo cuyas naves eran arrastradas por el viento hacia los arrecifes donde se posaban. En la Edad Media, la iconografía de las sirenas sufre transformaciones en el sentido simbólico y formal para adaptarse a la ideología y a los patrones estéticos de la época. Su representación adquiere el aspecto que llega a nuestros días: hermosas mujeres con cola de pez y pasan a ser habitantes de las profundidades del mar, conservando el poder prodigioso de su voz asociado a tentaciones y encantos.

Las sirenas del aire se tocan con Psyché, la bella joven de alas de mariposa. Psyché es la figuración del alma, una alusión a la muerte de la oruga dentro del capullo, pues nada de su apariencia pervive en la mariposa. Las sirenas se tocan con Psyché, sople y alma, pero no con la que rasga la crisálida para despojarse del cuerpo, sino con aquella que es aliento jadeante y cuyo cuerpo excitado mueve la *imaginación* hacia su deseo.

Las sirenas del aire cantan y es el aire el portador de su canto. Recoge, eleva y esparce la vibración de esas voces. De ese soplo de los labios, principio de vida, de los afectos y deseos, de la inteligencia y la voluntad. Soplo que es la encarnación del alma. El alma, escribe Didi-Huberman, es una forma nacida del aire, del corazón que pulsa y respira. Es Psyché encarnada en imagen surgiendo de la crisálida para extender su aura.

Nuestras mujeres creadoras, son sirenas aviformes. Moradoras del viento. Volando a nivel de la respiración y el latido, pasean por la ciudad, se asoman por sus ventanas, por sus puertas, por los orificios de las balas. Miran en la profundidad de los ojos



de sus habitantes. Escudriñan en la memoria de las casas, de las fábricas. Observan todo para develar sus vacíos. Cantan y su canto es polifónico. El viento que circula por las calles se vuelve entonces, beso, caricia, revuelo de cabellos, de rizos, de faldas, de velos. Ráfaga que arrastra las hojas y los panfletos. Diáspora llena de ese canto-imagen de la intensión del alma. Psyché que enciende su lámpara para alumbrar la imago de su deseo.

El canto de nuestras sirenas creadoras es polifónico, elocuente. Didi-Huberman recoge esta cita de Holliger “Cada cantante entona según el tempo que da su pulso”².

La obra que cristaliza su canto en el aliento poético, creación de los afectos y la pulsión que agitan la respiración, es así, huella de aire encendido.

Poetas del aire, llevan sus alas en las sienes, las manos o los tobillos. Sirenas que blanden sus pinceles: Enamorada del paisaje norestense, en el hálito de sus matices y formas, ésta deja la huella de su sentir; otra, inspira en la libertad de la abstracción, una crónica cromática de identidad y memoria; otra más, sostiene el aliento para dar forma a la reminiscencia en sus manzanas.

Una, con sintonía sonidera, recorre los barrios de la Independencia. Territorio sonoro que celebra el jolgorio, el movimiento caliente, el amor extraviado o el barrio furioso. Otra, recupera rostros y la memoria dispersa de la antigua fábrica de acero, rasgando los velos que imponen el silencio.

Bordeando el río se desplazan sirenas cuyo ritmo de voz se une al de sus manos, de sus plumas, para hacer volar las páginas de sus libros. Mientras otra las desprende para jugar con las palabras transmutando su lenguaje a otros ensueños. Una más, parte de la escritura en un cuaderno y de ahí deriva y registra su canto en múltiples objetos y superficies, tomando quizás la forma fragmentada de un libro.



Al pie de las montañas, la mirada de una es un hilo unido a otros, para confeccionar el manto de la visión, el vestido con que se cubre el aire. Sirenas que exudan la experiencia del cuerpo femenino por cada poro, por cada herida. Canto que en su hálito teje y desteje lienzos, materializa en cuerpos de manta, el espíritu femenino personificándolo en la maravillosa naturalidad de vientres que han dado a luz y de pechos que han amamantado. Sirena que logra recobrar el aura en este gesto del rollizo de la cintura y de la curvatura de la espalda. Entonces, en ese pliegue, la tela transfigurada en piel ocupa el espacio suspendido de significativo y signo.

Hacia otro lado de la ciudad, se escucha la intensidad de una exhalación que vacía los pulmones. Sirena que con-sentimiento del tiempo, condensa en su performance, lo efímero del cuerpo como imagen aérea en camino de su desmaterialización³.

Por el Barrio Antiguo, la sirena que mueve los hilos de las marionetas hace un canto de los rostros del barrio que se asoman al umbral de sus puertas para sonreír a su lente; y de las niñas que palpitan en el corazón de la mujer madura. Por el mismo rumbo, otra sirena hace danzar entre nubes al hombre mayor, antes abandonado al temblor involuntario de sus músculos. En la Plaza de la Luz, se escucha un canto sonoro, vernáculo, que se pavonea con el colorido de su atuendo.

No hay lugar en los alrededores que no haya sido escenario de sus vuelos, del hechizo de sus voces. Aún el más leve suspiro se desplaza lejos como el murmullo de la sirena que recorre en enjambres el mundo entero.

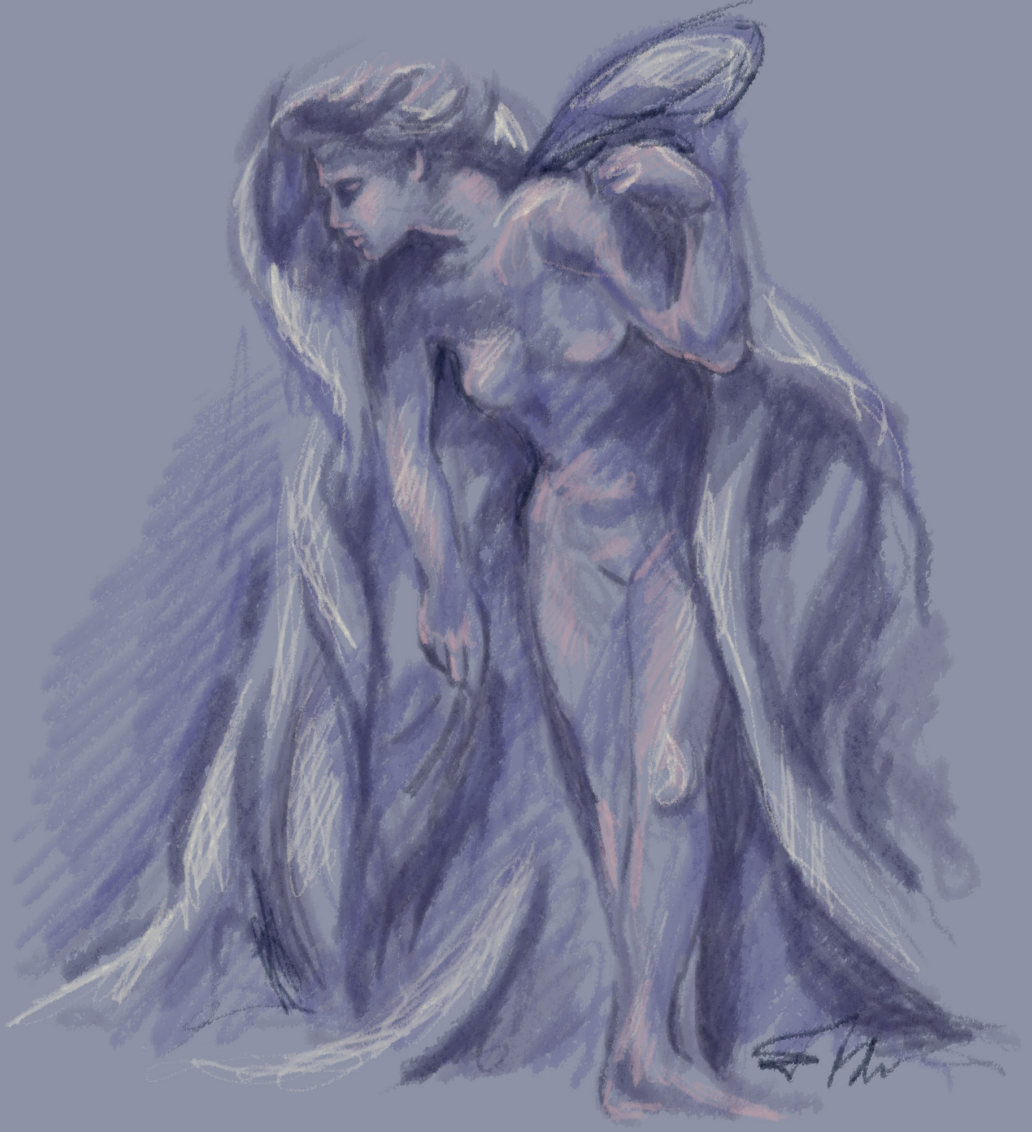
Esta polifonía entrelaza lenguajes distintos. Miradas estéticas muy diversas que doblagan la materia con sus vibraciones sonoras, hasta hacerla repetir el eco de su canto. El acontecimiento

artístico, expuesto por igual en el muro del museo que en el del barrio, en el escenario o en la plaza, en el poema, el ensayo o la crónica, exhiben el imaginario de un territorio recorrido, mirado y sentido. La ciudad es así, una caja de resonancia, batir de alas, latir de corazones.

Sirenas aladas de zapatos gastados y manos ocupadas, que saben dejar por momentos su quehacer poético para tejer con crochet y regalar un gorro, un café o una lectura al migrante, charlar con un anciano o guiar el pincel de un niño.

Sirenas que por el aire se elevan al encuentro de sus hermanas. Nubes de mariposas que llevan en brazos a sus hijas y acompañan e impulsan el vuelo de sus discípulas para hacerlas ascender. En un gesto de sororidad, vocablo que se deriva del latín *soror* “hermana”, que significa amistad o afecto entre mujeres, y que no casualmente se pronuncia con un susurro, como secreto dicho al oído, suave y contundente, en este gesto, se les ve danzando juntas, tomadas de las manos, liberando pañuelos verdes, lanzando risas púrpuras, silbidos, gritos, exhalaciones. Realizando pintas y tatuando en su andar sonoro por las avenidas de la ciudad, los rostros de las desaparecidas.

Sirenas co-creadoras de la imagen, se evocan mutuamente. Y ese evocar sucede en los dos sentidos del término, como llamado del espíritu y como memoria. Así, la escritura de las poetisas borda el volado de los vestidos de la escultora; los bocetos de la



dibujante, sus figuras pálidas y desnudas, se cosen a las crinolinas de la instalación. En otras representaciones, del capullo concebido por unas manos, surge la bailarina que con toda libertad consume el performance; la lente de la fotógrafa, registra los rostros de voces potentes que sacuden los telones y cimbran los escenarios, y las reúne en una celebración inédita. En otro espacio, la misma tinta corre de la palabra al dibujo para dar forma a un mismo libro, bajo la mirada complacida de sus autoras; dos más, muy jóvenes, de pie y frente a frente, bordan un corazón una a la otra, en la túnica que las viste. La visión de quien las contempla se pierde en el mariposeo de sus manos, en ese salir y entrar de las agujas que parece que se hundan en sus pechos.

Es este un vuelo cómplice en el que una y otra mudan los matices de sus voces y trastocan sus cuerpos. Vuelo rítmico, armónico, que dibuja figuras del viento, todas ellas portadoras de un sonido: ráfaga, torbellino, tornado, silbido. Un juego de

transfiguraciones, hipnótico como el de los estorninos. Apropiaciones y metamorfosis del lenguaje. Un circular de la imagen que la vivifica.

Hans Christian Andersen, en su versión de La Sirenita que no se cuenta a los niños, escribe que, al cumplir su ciclo de vida, el cuerpo de las sirenas se vuelve espuma para disolverse en el mar.

Más en este vivir nuestro, ninguna sirena se desvanece, nadie falta: en esa evocación que llama al espíritu, se rescata de la espuma el canto de esos cuerpo-aire reclamados por las olas. Así, en este canto que se vuelve brisa, se eleva desde la banqueta, el lucero que coloreó con pedacitos de mosaicos el andar de los paseantes. Y aún con el nudo que ahoga la garganta, *en la sonoridad de ese árbol a mitad de la lluvia*⁴, las voces de las sirenas que pronuncian sus versos, se tornan presencia de esa ausencia luminosa, *de esa luz dentro del agua del sueño*, que vuelve a mover el aire con su deseo.

¹CIVITA, V. (1973) MITOLOGÍA. DIVINIDADES MARINAS. NÚM. 3 ED. ABRIL. SAO PAULO.

²DIDI-HUBERMAN, G. (2018) GESTOS DE AIRE Y DE PIEDRA. SOBRE LA MATERIA DE LAS IMÁGENES. MÉXICO: CANTAMARES.

³BACHELARD, G. (2006) EL AIRE Y LOS SUEÑOS. MÉXICO: FCE.

⁴VILLARREAL, M. M. (2008) HERIDA LUMINOSA. MÉXICO: CONACULTA